

LA MÁQUINA DE DEVOLVER DOMINGOS



Mateo Quiroga y Marlon Falcón

La máquina de devolver domingos

*Novela corta sobre un hombre que quiso remendar el
tiempo*

Mateo Quiroga y Marlon Falcón

Ilustraciones de Yolanda Mina

MarlonBooks



A las cinco y diecisiete, todos los relojes se detuvieron.

CAPÍTULO 1

El domingo que se torció

Siéntese, vecino, arrime ese taburete y no le haga caso al perro, que ladra por costumbre y no por convicción. Mi abuela decía que las historias tristes hay que contarlas cuando cae la tarde, porque a esa hora el sol ya está cansado de alumbrar desgracias y se va retirando despacito, como quien no quiere molestar. Así que espere a que el cielo se ponga del color de las papayas maduras y le cuento la historia de Juan Arboleda, que es una historia que mi abuela me contó tantas veces que a veces creo que la viví yo, y que ella juraba haber oído de la boca misma del protagonista, sentado en este mismo portal, con una taza de café que nunca terminó de tomarse.

Juan Arboleda nació en San Lorenzo de las Garzas, un pueblo de

manglares tan metido entre el agua que las casas se apoyaban en patas de madera como garzas pensativas, y donde la lluvia tenía nombre propio. Estaba Doña Remedios, que caía mansa en las mañanas de octubre; estaba el Coronel, que llegaba de golpe y sin avisar y tumbaba los techos de palma; y estaba la Niña Lucrecia, una llovizna tan fina que solo la sentían los enamorados y los que estaban a punto de recibir una carta. Juan creció entre esas lluvias, entre las redes de su padre, los cangrejos que se metían en las ollas por iniciativa propia y los dichos de su abuela Eusebia, que leía el porvenir en las mareas y que una vez le dijo, mientras le remendaba una camisa, que el tiempo es como la marea: lo que se va, vuelve. Juan tenía siete años y no entendió nada, pero la frase se le quedó guardada en un bolsillo del alma, como esas monedas que uno olvida en un pantalón viejo y encuentra veinte años después.

El muchacho tenía la manía de los puentes. A los diez años ya había unido con tablas y bejucos las dos orillas del estero para que las señoras no se mojaran las enaguas, a los quince calculaba con piedritas cuánto peso aguantaba el muelle, y a los veinte se fue a estudiar ingeniería a la ciudad, con una maleta de cartón, tres camisas, un frasco de viche que le regaló el tío Euclides para las noches de frío y la bendición de todo el pueblo, que salió a despedirlo con tambores y marimba como si se fuera a la luna.

No se fue a la luna, pero casi. Se fue al otro lado del mundo, a un pueblito de la costa oeste de Australia que se llama Bahía de las Gaviotas Mudas. Le dicen así porque, según cuentan los viejos de allá, hace muchos años las gaviotas le apostaron sus voces al viento del sur en un juego de adivinanzas, perdieron, y desde entonces vuelan sobre el mar sin decir ni pío, con una cara de resignación que da pena verlas. Allá llegó Juan contratado para construir un puente sobre la desembocadura de un río tan ancho y tan terco que ya se había comido dos puentes anteriores, y allá se quedó, porque en la inauguración, entre discursos, cintas rojas y una banda municipal que

desafinaba con mucho entusiasmo, conoció a Clara.

Clara era maestra de escuela, tenía una risa que espantaba los nublados y unos ojos que, según Juan, cambiaban de color según la hora del día, aunque eso le costaría recordarlo más adelante, pero no nos adelantemos, vecino, que a las historias hay que dejarlas caminar a su paso. Se casaron en primavera, bajo un eucalipto, y tuvieron dos hijos. Primero vino Lucía, que nació con los ojos abiertos y mirándolo todo, como si viniera a hacer inventario del mundo, y que coleccionaba cosas que nadie más veía valiosas. Después vino Tomás, que aprendió a cantar antes que a hablar y que inventaba canciones para todo: para las tostadas, para los zapatos, para la luna cuando salía tarde.

Juan era feliz, aunque no siempre lo sabía. Trabajaba mucho, eso sí, porque los puentes no se construyen solos y porque un hombre que viene de tan lejos siempre siente que tiene que demostrar algo. Pero los domingos eran sagrados. Los domingos se subían al carro, Clara ponía música, Tomás cantaba encima de la música, Lucía contaba en voz alta las vacas, los molinos y los canguros que se asomaban a mirar, y salían a pasear por la carretera de la costa, que bordea los acantilados como una cinta gris que alguien dejó caer sobre el borde del mundo.

Aquel domingo amaneció limpio, sin una nube, con un cielo tan azul que parecía recién pintado. Fueron a la playa de las Conchas Rotas, comieron sándwiches con arena, Tomás le compuso una canción a un cangrejo y Lucía guardó una pluma en el bolsillo. A la vuelta, cuando la tarde empezaba a dorarse, la niebla subió del mar. Subió sin pedir permiso, vecino, como suben las cosas que no tienen modales, espesa y blanca como leche derramada, y se tragó la carretera, los acantilados, las señales, el mundo entero. Mi abuela, cuando llegaba a esta parte, se quedaba callada un rato largo y miraba el estero. Luego decía solamente que hubo un ruido, que hubo un silencio, y que hay cosas que no se cuentan sino que se respetan. Y

yo, que soy su nieto, tampoco se lo voy a contar.

Juan despertó en el hospital del pueblo, en una cama demasiado blanca, con una enfermera de pelo canoso que le sostenía la mano y no sabía cómo empezar. No hizo falta que hablara. Juan lo entendió por la manera en que ella no lo miraba a los ojos, por la silla vacía junto a la cama, por ese silencio que se le sienta a uno encima del pecho como un gato que pesa toneladas. Estaba solo. Por primera vez en muchos años, completamente solo.

Y entonces pasó lo de los relojes. El de la torre de la iglesia, el de la estación de bomberos, el reloj de cuco de la panadería, los relojes de pulsera de los pescadores, el reloj de arena que el farero usaba para cocer los huevos, el de la escuela donde enseñaba Clara y hasta el pequeño reloj de plástico que Tomás llevaba siempre en la muñeca. Todos, sin excepción, se detuvieron a las cinco y diecisiete, la hora exacta en que se torció el domingo. Nadie en Bahía de las Gaviotas Mudas se sorprendió, porque en ese pueblo saben que el tiempo, como la gente, a veces necesita quedarse quieto para entender lo que ha pasado. Lo que nadie sabía todavía era que Juan Arboleda no pensaba dejarlo así.



Tres sillas sobran; el reloj del gallo no se mueve.

CAPÍTULO 2

La casa con demasiadas sillas

Le dieron el alta un martes por la mañana, con un brazo todavía en cabestrillo y una bolsa de papel donde le devolvieron sus cosas: la billetera, unas llaves que ya no abrían nada que sirviera, un reloj de pulsera detenido a las cinco y diecisiete y un puñado de arena de la playa de las Conchas Rotas que se le había quedado escondido en los bolsillos. Lo llevó a casa el viejo Osborne, el farero, en una camioneta que olía a queroseno y a sal. En todo el camino no dijo una sola palabra, que es la manera que tienen los fareros de decir lo que sienten. Se pasan la vida mandándole luz a gente que no conocen, y así aprenden que lo importante no necesita hacer ruido.

La casa estaba igual, vecino, y eso era lo peor. Mi abuela decía que

las casas cuentan a su gente todas las noches, como las gallinas cuentan a sus pollitos antes de dormir, y que cuando las cuentas no les cuadran se quedan desveladas, crujiendo por los rincones. En aquella casa sobraba todo. Sobraban tres sillas alrededor de la mesa de la cocina, cada una con su manía: la de Clara, con un cojín bordado de margaritas; la de Lucía, con las patas rayadas de tanto mecerse aunque le habían dicho mil veces que no se meciera; y la de Tomás, con un cojín encima de otro cojín para que alcanzara el plato. Sobraban tres cepillos de dientes en el vaso del baño, uno azul con dinosaurios, uno rosado mordisqueado por las puntas y uno verde que Clara cambiaba cada tres meses con una disciplina de relojero. Sobraban unos zapatos pequeños junto a la puerta, todavía con arena en las suelas, y unas sandalias con una tira despegada que nadie había tenido tiempo de arreglar. Sobraban platos en la alacena, entre ellos el desportillado que Tomás exigía siempre porque decía que tenía cara de luna mordida. Sobraban abrigos en el perchero, dibujos en la nevera y una canción a medio inventar que se había quedado flotando en el pasillo, sin nadie que la terminara.

Los vecinos empezaron a llegar esa misma tarde, y en Bahía de las Gaviotas Mudas la gente llega como llega la marea, sin anunciarse y sin dejar huecos. Primero vino Margaret, la panadera, con un pastel de limón todavía tibio envuelto en un trapo de cuadros. Después vino la señora Pemberton con un guiso de cordero que había tardado seis horas en hacer, los pescadores con un balde de pargos limpios, las maestras de la escuela con una sopa de calabaza, el cartero con unas galletas de avena que su madre horneaba para los velorios y los bautizos indistintamente, y los niños de la clase de Clara con un rollo de dibujos atado con una cinta amarilla. Le trajeron también silencios, vecino, unos silencios respetuosos y bien doblados que dejaban sobre la mesa como quien deja una manta. Se sentaban un rato en la cocina, le lavaban una taza que ya estaba limpia, le apretaban el hombro sano y se iban sin hacer preguntas. La nevera se llenó tanto que hubo que

guardar pasteles en el horno y guisos en la lavadora, pero toda esa comida, toda esa bondad apilada en recipientes de vidrio, le alcanzaba para llenar los estantes y no le alcanzaba para nada más.

Después llegaron las noches, que eran lo difícil. Juan no dormía. Se acostaba del lado de la cama que le tocaba, por costumbre, y el otro lado se le quedaba mirando hasta que tenía que levantarse. Recorría la casa a oscuras, contando lo que sobraba como si a fuerza de contarlo pudiera hacer que cuadrara. Le daba cuerda al reloj de la cocina, ese reloj redondo con un gallo pintado que Clara había comprado en un mercadillo, y el reloj se negaba, cortés pero firme, a moverse de las cinco y diecisiete. Afuera, las gaviotas mudas dormían sobre los tejados con la cabeza bajo el ala y el mar respiraba despacio contra las rocas.

Fue en una de esas noches cuando se acordó de la abuela Eusebia. La vio clarita, como si la tuviera delante, sentada en el muelle de San Lorenzo de las Garzas al amanecer, con los pies colgando sobre el agua y leyendo las mareas como otros leen el periódico. Ella sabía por la altura del estero quién se iba a casar antes de que los novios se enteraran, cuándo llegaría la lancha del correo y qué mujer iba a parir gemelos. Y le había enseñado a Juan, cuando era un niño flaco que hacía puentes de bejuco, que el tiempo sube y baja igual que el agua. Que lo que la bajamar se lleva, la pleamar lo devuelve, a veces tarde, a veces cambiado, pero lo devuelve. Como prueba le contaba lo del sombrero del tío Euclides, que se lo arrancó el Coronel un día de tormenta y que la marea le devolvió tres años después, intacto, con un cangrejo viviendo adentro que se negó a desalojar. El tío tuvo que usarlo así, con inquilino, y decía que nunca había tenido la cabeza tan bien acompañada.

Juan se rio esa noche por primera vez desde el domingo, una risa corta que le salió sin permiso y se le quedó temblando en la boca. Luego se sentó en la cocina, en su silla, frente a las tres sillas que sobraban, y se quedó mirando el reloj del gallo. Y entonces, vecino,

el ingeniero que llevaba dentro se despertó y se puso a pensar como piensan los ingenieros, que es una manera de pensar con las manos. Él había domado ríos tercos que se tragaban puentes. Sabía que el agua no se discute, se encauza. Sabía que contra la crecida se levantan diques, que para subir los barcos se construyen esclusas y que, para retener lo que la corriente quiere llevarse, existen las compuertas. Y si el tiempo era marea, como juraba su abuela, entonces el tiempo también tenía corrientes, niveles y presiones. Y lo que tiene corrientes se puede calcular, y lo que se puede calcular se puede construir.

Agarró una servilleta de papel de las que habían sobrado del pastel de Margaret y trazó una línea, y después otra, y después un número. Mi abuela decía que esa fue la noche en que Juan Arboleda dejó de llorar y empezó a calcular, que es otra manera de llorar, pero con lápiz y con regla. Y decía también que, si uno escuchaba con atención, el reloj del gallo, sin moverse ni un segundo, hizo un ruidito muy bajo, como de alguien que se aclara la garganta antes de advertir algo. Pero Juan no lo oyó, porque ya estaba dibujando la segunda servilleta.



Cinco y diecisiete: la máquina canta, el mar espera su pago.

CAPÍTULO 3

Planos sobre servilletas

El garaje de Juan Arboleda había sido siempre un lugar de orden, vecino, uno de esos garajes donde cada tornillo duerme en su frasco con etiqueta y cada herramienta tiene su silueta pintada en la pared para que no se pierda. Pero en cuestión de una semana aquello se volvió un manglar de papeles. Había servilletas clavadas con chinchetas, servilletas pegadas con cinta a las ventanas, servilletas sujetas con pinzas de la ropa a un cordel que cruzaba el techo de lado a lado, y todas estaban llenas de flechas, números, curvas de nivel y fórmulas de caudal que se enredaban unas con otras como raíces buscando agua. Juan había empezado con los cálculos de siempre, los que había aprendido en la universidad con una lámpara de mesa y

mucho café: la presión, la velocidad de la corriente, la resistencia de los materiales. Pero llegó una madrugada en que los números se le quedaron cortos, porque el tiempo, por mucho que se parezca al agua, tiene sus caprichos, y entonces hizo lo que su abuela le había enseñado a hacer cuando los libros se quedan cortos: se acordó de lo que decía su abuela.

Y así fue como, al lado de una ecuación de Bernoulli escrita con letra muy derecha, apareció la receta para cortar el mal de ojo, que lleva tres hojas de matarratón y un rezo dicho de espaldas al viento. Debajo de un cálculo de esclusas puso el remedio para que la leche no se corte en tiempo de tormenta, y en el margen de un plano de compuertas anotó la fórmula del agua de tres mareas, que la abuela Eusebia preparaba recogiendo un poquito de estero en la bajamar, otro poquito en la media marea y otro en la pleamar, y que servía, según ella, para que los ahogados encontraran el camino a casa y los vivos no se perdieran en los sueños. Un ingeniero de la ciudad se habría reído de todo aquello, pero Juan había visto a su abuela adivinar el día exacto en que llegaría el correo con solo mirar cómo se arrugaba el agua, y sabía que hay saberes que no salen en los libros porque los libros no tienen paciencia para esperarlos.

De esa mezcla de hidráulica y cocina salió la lista. Mi abuela la recitaba de memoria, contando con los dedos, y yo se la recito igual. Hacían falta todos los relojes detenidos del pueblo, porque guardaban la hora exacta en que el tiempo se había atascado y una compuerta tiene que construirse justo donde se estanca la corriente. Hacía falta la caja de música de Lucía, que tocaba un vals torcido y tenía una bailarina sin un brazo, porque era lo único de la casa que todavía sabía dar vueltas. Hacían falta las caracolas que Juan había traído de San Lorenzo de las Garzas en el fondo de su maleta de cartón, que después de tantos años lejos seguían sonando a Pacífico cuando uno se las acercaba al oído, a chubasco, a marimba y a la voz de su madre llamándolo a comer. Hacía falta el péndulo de la capilla vieja del

acantilado, una iglesita de piedra abandonada que llevaba cien años columpiando el mismo segundo de un lado a otro. Y hacía falta un mapa de mareas de 1911, el año en que, según los papeles del puerto, el mar de aquella bahía subió más alto que nunca y después volvió a su sitio como si nada.

Juan no le contó a nadie lo que estaba haciendo. No hizo falta, vecino, porque en los pueblos chiquitos las noticias no viajan por la boca sino por el aire, y en Bahía de las Gaviotas Mudas el aire es muy conversador. Una mañana abrió la puerta del garaje y se encontró en el escalón el reloj de cuco de la panadería, envuelto en un trapo de cuadros y con un pastel de limón encima para que no se sintiera solo. Era de Margaret, que no dejó nota porque las panaderas firman con harina. Al día siguiente aparecieron los relojes de pulsera de los pescadores, metidos en un balde con hielo como si fueran pargos recién sacados, y después el reloj de la estación de bomberos, todavía oliendo a humo viejo, y luego el de la torre de la iglesia, que tuvieron que bajar entre seis hombres y una grúa prestada, y el de la escuela, acompañado de un dibujo hecho por los alumnos de Clara donde se veía un garaje con chispas saliendo por el techo. La señora Pemberton le dejó una lata de aceite para engranajes y una tartera de guiso, porque ella creía que ninguna máquina funciona bien si su dueño no ha comido. El cura de la parroquia nueva, que era un hombre práctico, le hizo llegar las llaves de la capilla del acantilado con una tarjetita que decía solamente que el péndulo ya estaba cansado de no servir para nada.

El último en llegar fue el viejo Osborne. Llegó de noche, como llegan los fareros, con un rollo de papel amarillento bajo el brazo y la camioneta oliendo a queroseno. Era el mapa de mareas de 1911, que su abuelo, también farero, había guardado en una caja de hojalata durante toda su vida sin saber para qué. Osborne se lo entregó, le apretó el hombro con una mano que parecía de madera de barco y se fue sin decir nada. Nadie le preguntó a Juan qué estaba construyendo,

vecino, porque en ese pueblo todos saben que el dolor ajeno no se interroga, se acompaña, igual que no se le pregunta a un enfermo por qué tiene frío, sino que se le alcanza una manta.

Juan trabajó semanas enteras. Ensambló los relojes en círculo, como los pétalos de una flor de hierro, colgó el péndulo en el centro, puso las caracolas alrededor para que dieran el tono, extendió el mapa de 1911 debajo de todo como una alfombra de agua y, en el corazón del aparato, colocó la caja de música de Lucía. Esperó a la luna llena. Cuando la pleamar alcanzó su punto más alto y el mar se puso a lamer el umbral del garaje, Juan le dio cuerda a la caja y la máquina despertó con un zumbido hondo, parecido al que hacen los manglares cuando sube la marea de noche, y las caracolas se pusieron a cantar todas a la vez.

Pero no pasó nada más. Las agujas temblaron sin moverse de las cinco y diecisiete. Juan revisó cada cálculo, cada tuerca y cada receta, y fue entonces cuando leyó, en una servilleta escrita con su propia letra aunque no recordaba haberla escrito, lo último que le decía siempre su abuela al terminar la historia del sombrero del tío Euclides: que la marea devuelve, sí, pero no regala, y que nadie le saca nada al mar sin dejarle algo a cambio.



Fantasma en su propia cocina, Juan mira; solo Bizcocho lo ve.

CAPÍTULO 4

El primer viaje y su factura

Juan pasó tres noches sentado frente a la máquina, vecino, preguntándose qué podía dejarle al mar un hombre que ya lo había perdido casi todo. Ofreció primero lo que tenía a mano. Puso sobre el mapa de 1911 su reloj de pulsera, su anillo de bodas, el diploma de ingeniero enmarcado y hasta el casco amarillo con que había inaugurado el puente, pero la máquina zumbaba con cortesía y no se movía, como quien recibe un regalo que no le gusta y lo deja a un lado sin abrirlo. A la cuarta noche, con la luna todavía gorda y la pleamar golpeando el umbral del garaje, Juan se quedó sin cosas que ofrecer y dijo en voz alta, sin pensarlo mucho, que se llevara lo que quisiera. Mi abuela decía que esa es la frase más peligrosa que puede

pronunciar un cristiano delante del agua, porque el agua no tiene vergüenza y siempre acepta.

La caja de música de Lucía empezó a tocar sola su vals torcido. Las caracolas cantaron, el péndulo se columpió más lejos de lo que permiten las leyes del péndulo y los relojes, todos a la vez, dieron un paso atrás. Juan sintió que el suelo del garaje se le ponía blando, como se pone el fango del manglar cuando baja la marea, y que algo frío y salado le subía por los tobillos, por las rodillas, por el pecho, hasta que dejó de ver el garaje y se vio flotando en una corriente oscura llena de cosas que pasaban: tazas de café, cumpleaños, lunes, un paraguas abierto, una tarde de lluvia que alguien había olvidado devolver. Cerró los ojos, y cuando los abrió estaba de pie en la cocina de su casa, con olor a tostadas.

Era sábado. Lo supo porque la radio daba los resultados del críquet, que Clara escuchaba sin entender nada solo porque le gustaba la voz del locutor, y porque en la nevera colgaba la lista de lo que había que llevar el domingo a la playa de las Conchas Rotas, escrita con la letra redonda de su mujer: sándwiches, toallas, crema para el sol, una pala para Tomás y una bolsa para los tesoros de Lucía. Juan se quedó mirando esa lista como quien mira una sentencia, vecino, y después levantó la vista y la vio a ella.

Clara estaba junto a la ventana corrigiendo cuadernos con un lápiz rojo que mordía por la punta. Tomás, debajo de la mesa, le cantaba a un dinosaurio de goma una canción sobre lo difícil que es tener los brazos cortos. Lucía, sentada en las escaleras, contaba en voz alta los escalones aunque ya sabía que eran catorce, porque decía que había que vigilarlos por si alguno se escapaba. Juan dijo el nombre de su mujer. Lo dijo bajito primero, como se dicen las cosas en la iglesia, y después más fuerte, y después lo gritó con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo. Clara pasó la página del cuaderno y siguió corrigiendo.

Lo intentó todo. Se arrodilló junto a Tomás y quiso despeinarlo,

pero la mano le atravesó el pelo como atraviesa la niebla un rayo de faro, sin mover nada. Quiso abrazar a Lucía y se encontró abrazando un pedacito de escalera. Buscó un lápiz para escribir en la lista de la nevera que mañana no salieran, que mañana se quedaran en casa jugando a las cartas, y el lápiz le pesó como un ancla y no hubo forma de levantarlo. Entonces comprendió, vecino, que en aquel sábado él no era un hombre sino una sombra, menos que una sombra, porque las sombras por lo menos oscurecen un poquito el suelo.

Solo lo vieron los perros. Primero el de la señora Pemberton, un perro salchicha muy serio que se llamaba Bizcocho y que se asomó por la cerca del jardín, lo miró derechito a los ojos y le movió la cola despacio, con una lástima tan grande que a Juan se le hizo un nudo en la garganta. Después lo siguieron por la calle los perros de los pescadores, todos moviendo la cola igual, sin ladrar, como quien acompaña a un vecino en un velorio. Mi abuela decía que los perros ven a los que andan fuera de su tiempo porque ellos mismos viven siempre en el presente y notan enseguida cuando alguien no pertenece a él.

Juan volvió a la cocina y se sentó en su silla, que el Juan de aquel sábado había dejado vacía porque estaba en la oficina terminando unos planos, y se quedó mirando a Clara. La miró como no la había mirado en años, vecino, con hambre y con calma a la vez. La luz de la tarde entraba de lado por la ventana y le encendía los ojos, y Juan pensó que nunca, nunca en la vida se le iba a olvidar ese color. Entonces la caja de música terminó su vals, allá lejos, en el garaje del presente, y la marea lo agarró por los tobillos y se lo llevó de vuelta.

Despertó tirado en el suelo del garaje, empapado de agua salada, con un cangrejo pequeñito caminándole por el pecho y la máquina ronroneando como un gato satisfecho. Se levantó temblando, contento a pesar de todo, porque los había visto, porque había oído a Tomás cantar y a Lucía contar escalones, y quiso guardar el recuerdo antes de que se le enfriara. Cerró los ojos para ver otra vez a Clara junto a

la ventana. Ahí estaba ella, con el lápiz rojo y los cuadernos y la radio del críquet. Pero los ojos, vecino. Los ojos de Clara se le habían quedado borrosos, como una fotografía que se moja. Sabía que eran bonitos, sabía que cambiaban con la hora, sabía que él se había enamorado de ellos en la inauguración de un puente, pero no podía decir de qué color eran. Buscó en los álbumes y las fotos le devolvieron colores distintos, verdes en unas, grises en otras, castaños en la del eucalipto, y ninguno era el verdadero, porque el verdadero solo lo había guardado él.

Así entendió la primera regla de su invento, que la marea cobra en recuerdos y que cada viaje se paga con uno. Mi abuela decía que un hombre sensato habría desarmado la máquina esa misma noche. Pero Juan Arboleda no era sensato, era ingeniero y estaba de luto, que son dos maneras de ser terco. Anotó la regla en una servilleta, la clavó en la pared con una chincheta y se sentó a esperar la próxima pleamar.



Silla libre junto al fuego y café humeando, por si acaso.

CAPÍTULO 5

La posada de los relojes parados

Fueron varios viajes los que hizo Juan después de aquel primero, vecino, y de cada uno volvió empapado, con algún cangrejo de polizón y un recuerdo menos en los bolsillos del alma. Pero el que le interesaba a mi abuela era el quinto, porque en ese la marea se distrajo. Ella decía que el tiempo, como los pescadores viejos, a veces se queda dormido con la red en la mano, y que entonces la corriente da una vuelta sobre sí misma y forma un pliegue, igual que se pliega una sábana cuando uno la dobla sin cuidado. Juan cayó en uno de esos pliegues. Iba rumbo al domingo, con la caja de música sonando y el péndulo columpiándose, cuando sintió que la corriente lo soltaba de golpe, como suelta el estero un tronco en la curva, y fue a dar

contra una puerta de madera pintada de azul.

Arriba de la puerta había un letrero de latón que decía Posada de los Relojes Parados, y debajo, en letra más pequeña, se admiten huéspedes de cualquier siglo, se ruega limpiarse los pies de mareas antes de entrar. Juan se los limpió por educación, aunque no supo muy bien cómo, y empujó la puerta.

Adentro olía a café, vecino, a un café tan bueno que hasta a los muertos de mi pueblo les daría ganas de volver. Había una chimenea encendida que no echaba humo, mesas de madera gastada, un gato que dormía en el aire a media altura del suelo como si se le hubiera olvidado bajar, y en todas las paredes, colgados sin orden, cientos de relojes de todos los tamaños y de todas las épocas: de bolsillo, de péndulo, de sol, de agua, de arena, de cuco. Ninguno andaba. Cada uno se había detenido a una hora distinta, y Juan buscó sin querer las cinco y diecisiete y la encontró en un reloj pequeñito de plástico, igual al que llevaba Tomás en la muñeca, colgado entre un astrolabio y una clepsidra.

Alrededor de la mesa más grande había tres personas que lo miraron entrar sin ninguna sorpresa, como se mira al vecino que llega tarde a la novena. La primera era un marinero de barba blanca y gorra deshilachada, que se llamaba Anselmo y olía a brea y a viento del norte. La segunda era una costurera menudita, con un dedal de plata en el dedo y un vestido de esos que llegan hasta el suelo, que dijo llamarse Rosaura. El tercero era un relojero flaco como una aguja, con anteojos de tres lentes montados uno encima de otro, que se presentó como maese Bartolomé y le pidió disculpas por no haberse levantado a tiempo para abrirle la puerta, cosa que, según explicó, le pasaba desde hacía trescientos años.

Le sirvieron café. Y aquí viene lo bonito, vecino: en esa posada los cafés no se enfrían nunca. Uno puede dejarlo en la taza una tarde entera, una semana, un siglo, y cuando vuelve a tomarlo sigue humeando como recién colado, porque allí el tiempo no tiene permiso

para entrar a la cocina. Mi abuela decía que esa era la única ventaja de perderse en un pliegue, y que por eso los huéspedes no tenían ninguna prisa por marcharse.

Le contaron sus historias sin que él preguntara. El marinero Anselmo había perdido su goleta en una tormenta una noche de 1853 y llevaba desde entonces volviendo al puerto para impedir que zarpara. Una vez lo consiguió, vecino. Escondió el timón, enredó las velas y la goleta se quedó amarrada. Pero ese viaje que no se hizo fue también el viaje en que el cocinero del barco iba a conocer a una muchacha en un puerto del sur, y al no llegar nunca, sus nietos, que Anselmo había visto jugar en una plaza tantos años después, se le borraron delante de los ojos como se borra el vaho de un vidrio. Él mismo tuvo que volver a soltar las amarras.

Rosaura había discutido con su hermana una mañana por una tontería que ya ni recordaba, algo de un botón o de una cinta, y su hermana se había ido de viaje antes de que hicieran las paces. Rosaura llevaba cien años intentando llegar a tiempo para pedirle perdón. Pero cada vez que llegaba, decía, las palabras se le descosían en la boca, o llegaba con ellas y descubría que entonces era la hermana la que no aprendía a perdonar a nadie más en toda su vida. Maese Bartolomé, por su parte, había construido tantos relojes para no llegar tarde a ningún sitio que el tiempo, ofendido, había decidido llevarle siempre un minuto de ventaja, y llevaba tres siglos corriendo detrás de ese minuto sin alcanzarlo.

Fue Rosaura la que le explicó la cosa, sacando una labor de su cesta. El tiempo, le dijo, no es un río como creen los ingenieros, que va de un lado a otro y basta con ponerle una compuerta. Es una red, como las que tejían los pescadores en San Lorenzo de las Garzas, o como este tapete que llevo bordando desde el siglo pasado. Y le mostró cómo, si tiraba de un solo hilo para enderezar un punto torcido, se le fruncía el bordado entero por el otro lado, en un rincón que ella no estaba mirando. Quien tira de un hilo, dijo, deshace otros

que no ve. El marinero asintió con la cabeza y el relojero también, aunque un poquito después.

Juan los escuchó a todos con mucho respeto, vecino, porque así lo habían criado, y porque se notaba que eran gente que había sufrido. Se tomó el café, que estaba buenísimo, acarició al gato que flotaba, y hasta le ayudó a maese Bartolomé a ajustar un muelle que se le había trabado. Pero por dentro iba pensando como piensan los ingenieros cuando les cuentan que un puente no se puede hacer, que es pensar que el que lo intentó antes no hizo bien los cálculos. Él no era marinero ni costurera ni relojero. Él había domado un río que se había tragado dos puentes. Él tenía servilletas, fórmulas y recetas de su abuela. Él encontraría el hilo exacto, el único que se podía soltar sin descoser nada más.

Cuando se despidió, Rosaura le puso en la mano un carrete de hilo rojo y le dijo que lo guardara, que algún día le iba a hacer falta. Juan le dio las gracias, se lo metió en el bolsillo sin mirarlo y salió por la puerta azul convencido de que él sería la excepción. Mi abuela decía que todos los huéspedes de esa posada habían salido alguna vez por esa misma puerta pensando exactamente lo mismo, y que por eso, cuando Juan se fue, dejaron una silla libre junto a la chimenea y una taza de café humeando, por si acaso.



Juan, sombra en el garaje, cuenta lo que el mar cobra.

CAPÍTULO 6

Cien maneras de llegar tarde

Mi abuela decía que, después de la posada, Juan Arboleda se volvió un hombre de domingos, vecino. Tenía la semana entera llena de domingos, como otros la tienen llena de lunes, porque cada vez que la luna se ponía gorda y la pleamar le lamía el umbral del garaje, él le daba cuerda a la caja de música y se iba de cabeza al mismo día, a la misma cocina con olor a tostadas, a la misma lista pegada en la nevera. Fue tantas veces que los perros del pueblo dejaron de mirarlo con lástima y empezaron a saludarlo con la familiaridad con que se saluda al cartero.

Lo primero que tuvo que aprender fue a ser una sombra útil. Una sombra no levanta un lápiz, eso ya lo sabía, pero descubrió que sí

puede empujar, despacito y con mucha terquedad, igual que la marea, que no levanta la playa pero la cambia de sitio grano por grano. Y además tenía a Bizcocho, el perro salchicha de la señora Pemberton, que entendía las cosas antes de que se las explicaran y que se ofreció a ayudarle, moviendo la cola, sin pedir nada a cambio más que alguna caricia que nunca llegaba a tocarle el lomo.

La primera vez escondió las llaves del carro. Bizcocho las sacó del gancho de la entrada con mucha delicadeza y las enterró debajo del limonero, junto a un hueso de la Navidad pasada. Juan se quedó en la cocina frotándose las manos de sombra, seguro de haber ganado. Pero Clara, que era maestra y por lo tanto previsor, guardaba un juego de repuesto dentro del azucarero desde la vez que Tomás tiró las llaves al inodoro para ver si flotaban. Las sacó, les sopló el azúcar y salieron a la hora de siempre. Cuando Juan volvió al garaje, empapado y con un cangrejo en el cuello de la camisa, quiso tararear la canción favorita de Tomás para consolarse, y no la encontró. Sabía que existía y que el niño la cantaba en la bañera dando palmadas en el agua, pero no le quedaba ni la melodía ni una sola palabra.

La segunda vez desinfló una rueda. Se pasó la noche entera empujando con un dedo la válvula, que cedía un suspiro cada hora, y amaneció con la llanta tan triste como una almohada vieja. El Juan de aquel domingo se rio, sacó el gato y la cambió silbando, y salieron una hora más tarde. Y la niebla, vecino, que no tenía ninguna prisa, los esperó esa hora sentada en la misma curva, con la paciencia de las señoras de mi pueblo que esperan en el muelle la lancha del correo aunque sepan que viene retrasada. A la vuelta, Juan buscó en la almohada de Lucía el olor de su pelo, y la almohada le devolvió solamente olor a almohada. ¿Era coco? ¿Era sal? ¿Era ese olor de lápices de cera que tienen los niños que dibujan mucho? Ninguno le sonaba a verdad.

La tercera vez adelantó todos los relojes de la casa tres horas, para que Clara creyera que ya era demasiado tarde para ir a la playa. Clara

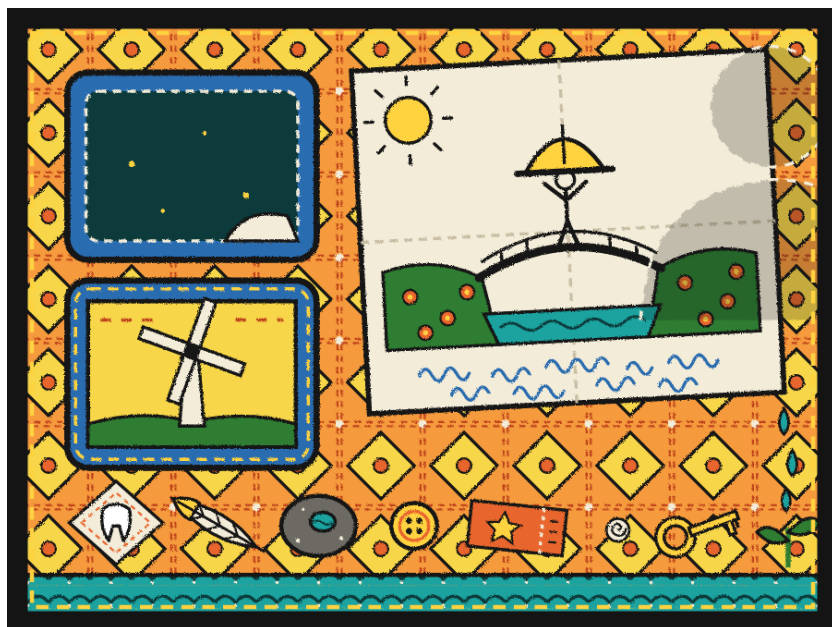
miró el reloj del gallo, miró por la ventana el sol que seguía muy en lo alto, decidió que en esa casa el tiempo se había vuelto loco, y entonces dijo que irían a ver el atardecer desde los acantilados, que nunca lo habían hecho. Y al regresar al garaje, Juan se dio cuenta de que la tarde en que Clara le dijo que sí se le había ido por el desagüe. Sabía que se lo había preguntado, sabía que ella había aceptado, sabía lo del eucalipto y la primavera, pero no recordaba dónde estaban, ni qué llevaba ella puesto, ni si se rio o lloró o hizo las dos cosas, como hace la gente sensata cuando le cambian la vida.

La cuarta vez pintó nubes de tormenta en la ventana de la cocina con el dedo mojado en agua salada, que era lo único que una sombra recién llegada del mar tenía a mano. Las pintó grises y gordas, con rayos y todo, y se esmeró tanto que hasta él mismo sintió frío. Tomás las vio, aplaudió y dijo que la lluvia hace los mejores charcos, y salieron con botas de goma. Otra vez la niebla subió del mar sin pedir permiso, esta vez por la carretera de la granja, la de atrás, porque la niebla conoce todos los caminos del pueblo mejor que el cartero.

Después vinieron las demás, vecino, y mi abuela las contaba con los dedos de las dos manos y luego con los de los pies y luego con los míos. Soltó las gallinas de la señora Pemberton para que hubiera que perseguirlas. Movié con Bizcocho un letrero de camino cerrado hasta la entrada de la carretera de la costa. Escondió los zapatos de Lucía, los dos pares, y Lucía salió descalza. Le susurró a Clara al oído, noche tras noche, que no salieran, y Clara solo se rascaba la oreja. Una vez le pidió a la luna que se adelantara y otra vez le rogó al viento del sur, el mismo que les ganó las voces a las gaviotas, que soplara en contra. Pero la niebla siempre encontraba otro camino, otra carretera, otro motivo: unos amigos que invitaban a merendar, un recado en la panadería, un gato perdido que había que devolver. Era como querer tapar el estero con las manos.

Y en la pared del garaje, junto a la servilleta de la primera regla, fue creciendo otra lista, escrita con letra cada vez más torcida. La lista

de lo que el mar le iba cobrando. Una lista de compras al revés, decía mi abuela, porque en vez de traer cosas a la casa se las iba llevando. Ya era más larga que la de la nevera de aquel sábado, y Juan la miraba de noche, sin poder dormir, con el carrete de hilo rojo de Rosaura dándole vueltas en el bolsillo, cada vez un poquito más pesado, como pesan las cosas que uno no quiere entender todavía.



Los tesoros de la lata azul, y el dibujo del puente.

CAPÍTULO 7

Lo que Lucía guardaba en la lata

Hubo una noche, vecino, en que Juan Arboleda volvió de su domingo número no sé cuántos y no tuvo fuerzas ni para quitarse el cangrejo de la oreja. Se quedó sentado en el suelo del garaje, mojado hasta los huesos, mirando la lista de la pared, que ya llegaba hasta el rodapié. Mi abuela decía que hay un cansancio que no es del cuerpo sino del remo, y que cuando un pescador se cansa de remar contra la corriente lo más sabio que puede hacer es soltar los remos y dejarse llevar a ver adónde lo quiere el agua. Eso hizo Juan. En la siguiente pleamar le dio cuerda a la caja de música, pero no le marcó a la máquina ningún día. Dejó que el péndulo se columpiara como le diera la gana y cerró los ojos.

La marea lo dejó en un miércoles. Un miércoles cualquiera, de esos que nadie apunta en el calendario, con una lluvia mansa golpeando el tejado y la casa oliendo a sopa de lentejas. En el comedor, el Juan de entonces tenía la mesa tapada de planos, una regla en la boca y el ceño fruncido de los hombres que calculan cargas. A su alrededor la vida pasaba como pasa el agua por debajo de un puente, sin que el puente se entere. Clara tarareaba en la cocina mientras pelaba zanahorias. Lucía hacía los deberes en la alfombra, con la lengua asomada por la comisura. Tomás le enseñaba al gato a bailar, y el gato, que era un gato digno, se dejaba enseñar con cara de mártir.

Juan se quedó. Ya no empujó llaves ni desinfló ruedas. Se sentó en un rincón, con Bizcocho a los pies, que había venido desde la casa de al lado a hacerle compañía, y miró. Y en los viajes siguientes la marea, que parecía haberle tomado cariño, lo fue llevando a otros días corrientes: un lunes de desayunos atropellados, un jueves de fiebre en que Clara pasó la noche entera cambiándole paños fríos a Tomás, un viernes en que Lucía aprendió a silbar y se pasó la tarde silbándole a todo, a las cucharas, a las hormigas y al cartero. En todos esos días, vecino, había un hombre inclinado sobre unos papeles que decía la misma frase: ahora no, mi amor, que estoy con unos cálculos. Juan la oyó tantas veces en su propia voz que acabó tapándose los oídos de sombra, aunque de nada le sirvió.

Fue un sábado de viento cuando descubrió la lata. Lucía subió a su cuarto, se metió debajo de la cama con la seriedad de quien entra en una cueva y salió con una lata azul de galletas de mantequilla, de esas que traen dibujado un molino en la tapa. La abrió sobre la colcha despacito, como se abre un cofre, y fue sacando los tesoros uno por uno y ordenándolos en fila. Había un diente de leche, el primero que se le cayó, envuelto en un pañuelito. Había una pluma de cacatúa blanca con la punta amarilla, que según ella le había regalado la cacatúa en persona. Había una piedra con un agujero en el medio para

mirar el mar, un botón dorado sin dueño, la entrada de un circo, una concha de caracol del tamaño de una lenteja y una llave que no abría nada pero que podía abrir cualquier cosa si uno creía lo suficiente. Y al fondo, doblado en cuatro, un dibujo.

Era él, vecino. Un hombre de palitos con un casco amarillo enorme, más grande que la cabeza, de pie sobre un puente que unía dos orillas llenas de flores. Debajo, con letras torcidas, Lucía había escrito: mi papá hace caminos para que la gente no se moje. Juan se acordó de golpe de las señoras de San Lorenzo de las Garzas y de sus enaguas, y del puentecito de bejuco que construyó a los diez años, y no supo cómo podía saberlo su hija si él nunca se lo había contado. Lucía alisó el dibujo con la mano y le dijo a la pluma de cacatúa, que era su confidente, que se lo iba a regalar a papá cuando terminara el puente grande, porque ahora estaba muy ocupado. Y lo volvió a guardar.

Esa misma noche, desde el pasillo, Juan oyó cantar a Tomás. El niño había acostado a todos sus juguetes en fila sobre la almohada y les iba cantando a cada uno su canción inventada. Al dinosaurio de goma le cantó que no importaba tener los brazos cortos porque los abrazos se dan con el corazón. A la jirafa de trapo, que no cabía en la cama, le cantó que doblara el cuello como una pajita y soñara con hojas altas. Al oso tuerto le cantó que con un solo ojo se ven las cosas importantes y con el otro se duerme. Cantaba bajito, desafinando con mucho amor, mientras abajo, en el comedor, se oía el raspar de un lápiz sobre un plano.

Entonces Juan lloró, vecino. Ya había llorado antes, claro, en el hospital, en la cocina, frente a las tres sillas que sobraban. Pero aquellas lágrimas eran por el final, por la niebla y por las cinco y diecisiete. Estas eran otras. Lloraba por el diente, por la cacatúa, por el gato que bailaba sin ganas, por los miércoles de lentejas y por todas las canciones que sonaron a un pasillo de distancia mientras él miraba hacia otro lado. Mi abuela decía que hay lágrimas que lavan y

lágrimas que riegan, y que esas de Juan eran de las segundas, aunque él todavía no lo sabía.

Cuando volvió al garaje buscó, como siempre, qué se había cobrado el mar. Esta vez le faltaban los cálculos del puente grande, los que le habían robado tantas tardes. No le dolió. Por primera vez desde que empezó a viajar, Juan Arboleda sintió que había vuelto con algo más de lo que llevaba.



Un martes, Clara escribe; la sombra de Juan lee.

CAPÍTULO 8

Las cartas de los martes

Mi abuela decía que en todas las casas hay un cajón que no se abre delante de las visitas, vecino, un cajón donde la gente guarda lo que todavía no está lista para contar. En la casa de Juan Arboleda era el tercero del escritorio de Clara, el que se trababa un poquito y había que levantarlo de la manija para que saliera. Juan llevaba doce años viviendo a dos pasos de ese cajón y nunca se le ocurrió preguntar qué había dentro, porque los ingenieros, que lo miden todo, a veces no miden lo que tienen más cerca.

Lo descubrió un martes. La marea, que desde lo del miércoles de lentejas lo llevaba de paseo por los días corrientes como quien lleva a un convaleciente a tomar el sol, lo dejó en el pasillo a las diez de la

noche. Los niños dormían. Abajo, el Juan de entonces se había quedado dormido sobre los planos, con el lápiz en la mano y la mejilla manchada de grafito. Clara bajó de puntillas, le echó una manta por los hombros, le quitó el lápiz con la delicadeza con que se le quita un juguete a un niño dormido y se sentó al escritorio. Levantó el cajón de la manija. Sacó papel, una pluma de tinta azul y un sobre. Y se puso a escribir.

Juan se acercó por detrás y leyó por encima de su hombro, que es lo único que una sombra puede hacer sin pedir permiso. La carta empezaba así: Querido Juan del futuro. Y en el fondo del cajón, vecino, atadas con una cinta amarilla igual a la que usaban los niños de la escuela para los dibujos, había cientos de cartas más, todas en sobres iguales, todas con la misma letra redonda de la lista de la nevera, y en cada sobre, escrito con cuidado, un martes y una fecha.

Mi abuela decía que Clara escogió los martes porque son los días más humildes de la semana. El lunes tiene fama de pesado, el viernes de alegre, el domingo de sagrado, pero al martes nadie le pide nada, y por eso caben en él las cosas pequeñas. Clara había empezado la semana de la boda, con la idea de regalárselas todas juntas cuando cumplieran veinte años de casados, para que su marido supiera de una vez todo lo que había pasado en la casa mientras él construía caminos para que la gente no se mojara.

Juan volvió muchos martes. Aprendió a empujar el cajón con la paciencia de la marea, una noche entera para un dedo de abertura, y Bizcocho, que entendía de secretos, le ayudaba a sacar los sobres con el hocico sin arrugarlos. Y cuando no podía con las cintas, esperaba a que Clara, que algunas noches releía las viejas antes de escribir la nueva, las desplegara ella misma sobre el escritorio.

Las cartas no reclamaban nada, vecino, eso fue lo que más le dolió. Contaban. Contaban que Lucía había preguntado si las nubes se cansan. Que Tomás había bautizado a una lagartija con el nombre del alcalde y luego le pidió perdón a la lagartija. Que la señora

Pemberton le había enseñado a Clara a hacer el guiso de seis horas y que el primero se le quemó en la hora quinta. Que él, Juan, había llegado tarde a la función de la escuela donde Tomás hacía de árbol, pero que el árbol lo buscó con los ojos todo el rato y que, cuando lo vio entrar por el fondo, se le movieron todas las ramas de alegría. Una decía solamente: hoy te reíste en el desayuno y no sabías de qué. Yo sí. Te lo cuento cuando seamos viejos.

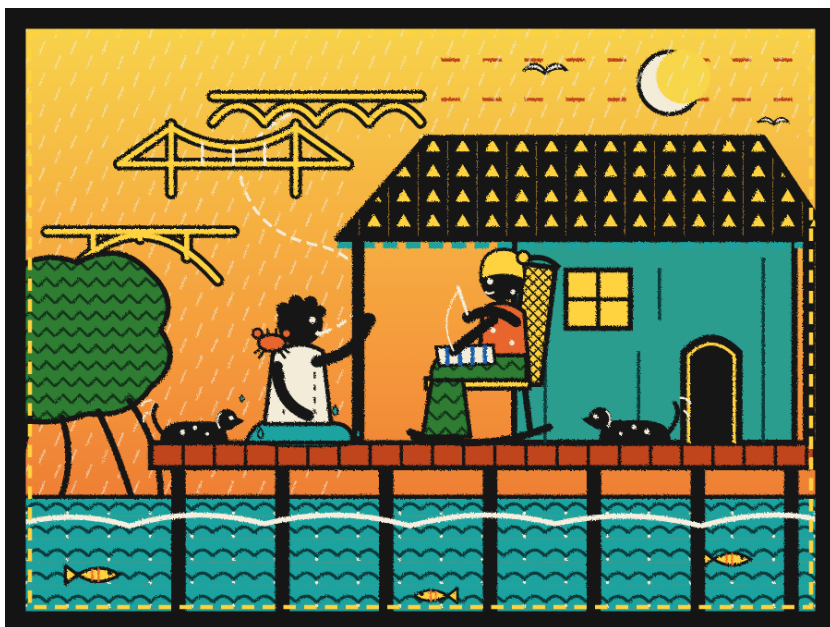
Y entonces llegó la carta, la que mi abuela recitaba con la voz bajita, como se rezan las cosas que valen. Era de un martes de invierno, y Clara la escribió después de una cena en que el Juan de entonces se levantó a mitad del plato para atender una llamada del puente. Decía: Mi amor, yo no sé cómo se nos va a terminar la vida, nadie lo sabe, pero sí sé que no se mide por eso. La vida se mide por las veces que uno se sienta a la mesa con los suyos. Hoy nos sentamos casi entera. Mañana prometo guardarte el postre.

Esa frase, vecino, le cayó encima a Juan como un aguacero del Coronel, de los que tumban techos de palma. Se quedó quieto junto al escritorio, mojado por dentro, mientras Clara doblaba la carta, la metía en su sobre, escribía el martes y la fecha y volvía a atar la cinta amarilla. Luego ella subió a acostarse, y al pasar junto al Juan dormido le dio un beso en la mancha de grafito. Allá lejos, en el garaje del presente, la caja de música terminó su vals.

Juan despertó en el suelo, con el agua salada escurriéndole por la cara y un cangrejo instalado en el bolsillo de la camisa, justo al lado del carrito de hilo rojo. Y como siempre, antes de levantarse, buscó qué le había cobrado el mar. Lo buscó con miedo, porque esta vez el viaje había sido largo. Cerró los ojos y llamó a Tomás. Lo vio enseguida, con el dinosaurio de goma y la jirafa de trapo, cantándoles en fila sobre la almohada. Se acordaba de las palabras: lo de los brazos cortos, lo del cuello como una pajita, lo del oso tuerto. Pero la voz, vecino. La voz le llegaba como llegan las emisoras de los pueblos vecinos en las noches de tormenta, rota, lejana, como si el

niño cantara desde el otro lado del estero con la marea subiendo entre los dos. Un viaje más y no habría orilla.

Juan hizo lo único que sabía hacer. Agarró una servilleta y anotó todo lo que todavía le quedaba de ellos: la risa de Clara que espantaba los nublados, la lata azul con el molino, los catorce escalones, la mancha de grafito, el beso. Hizo la cuenta como hacen los ingenieros, recuerdos que quedan entre recuerdos que cobra cada viaje, y el resultado le cupo entero en una servilleta, con espacio de sobra. Le quedaban muy pocos viajes, vecino. Muy pocos. Y después, nada que salvar, porque no quedaría nadie a quien recordar haber querido.



La abuela Eusebia escucha, por fin, cómo son los puentes.

CAPÍTULO 9

La abuela Eusebia cobra su deuda

Juan esperó a la pleamar más alta del año, vecino, esa que en mi pueblo llaman la marea de los santos porque sube hasta las gradas de la iglesia y deja peces vivos en la pila del agua bendita. En Bahía de las Gaviotas Mudas no tenía nombre, pero subió igual, y lamió el umbral del garaje con tantas ganas que se metió hasta los tobillos de la máquina. Juan hizo entonces lo que un ingeniero sensato no haría nunca. Sacó el mapa de 1911 de debajo de los relojes, lo dio vuelta y escribió en el reverso, con letra derecha, el nombre de San Lorenzo de las Garzas. Después empujó el péndulo de la capilla con las dos manos, más lejos de lo que el péndulo quería ir, y le dio a la caja de música toda la cuerda que tenía, hasta que la bailarina sin brazo giró

tan rápido que parecía tener dos.

La corriente esta vez no fue oscura sino verde, del verde de los manglares cuando les da el sol de lado, y olía a fango, a pescado frito y a lluvia por llegar. Juan pasó junto a puentes que todavía no había construido, junto a una maleta de cartón que viajaba sola, junto a un muchacho de quince años contando piedritas en el muelle. Y cuando abrió los ojos estaba de pie sobre las tablas de la casa de su abuela, con la Niña Lucrecia cayendo tan fina que solo la sentían los enamorados y los que estaban a punto de recibir una carta.

Juan no estaba enamorado de nadie en ese pueblo, así que debía de ser lo segundo.

En el corredor, sentada en su mecedora de bejuco, estaba la abuela Eusebia remendando una camisa. Y a sus pies, flaquito, con las rodillas raspadas y un barquito de corteza en la mano, estaba él mismo con siete años. Juan reconoció la camisa, vecino. Era la de rayas azules que se rompió subiendo al guayabo, y reconoció la tarde, porque era aquella, la de la frase, la que se le quedó guardada en el bolsillo del alma durante toda una vida.

El niño no lo vio. Los perros del corredor sí, y le movieron la cola sin lástima ninguna, con la confianza de quien saluda a uno de la casa. Y la abuela Eusebia levantó la vista por encima del remiendo, lo miró derecho a los ojos y le dijo que se limpiara los pies antes de entrar, que venía chorreando marea de otro siglo.

Mi abuela decía que Eusebia Arboleda siempre vio lo que los demás no ven. Veía a los ahogados sentados en las proas esperando que alguien les ofreciera café, veía los noviazgos antes de que los novios se miraran y veía las mentiras pegadas en la frente de la gente como hojas mojadas. Así que un nieto grande, llegado del futuro, con un cangrejo en el hombro, no le pareció nada del otro mundo. Le dijo al niño que fuera a buscarle hilo blanco a la cocina, y el niño se fue corriendo con su barquito, y entonces se quedaron solos los dos, la

vieja y el ingeniero, con la llovizna de por medio.

Juan quiso contárselo todo, pero ella levantó la aguja para que se callara. Ya sabía, le dijo. Lo había leído en el estero hacía años, en una bajamar rara de agosto, y desde entonces lo estaba esperando. Luego le contó lo que nadie le había contado nunca, que es la maldición de los Arboleda. Los hombres de esa familia, miijo, no saben dejar ir el agua. Nacen con la manía de pelearle a la marea, y unos hacen diques, otros hacen muelles y otros hacen puentes, y todos creen que lo hacen para que la gente no se moje, pero en el fondo lo hacen porque no soportan que el agua se lleve nada.

Le habló del bisabuelo Ezequiel, que era carpintero de canoas. Al bisabuelo el río se le llevó una tarde, la tarde en que su hermano menor salió a pescar en la creciente y no volvió. Ezequiel construyó un artefacto con nasas, campanas de bronce y la quilla de su mejor canoa, y cada luna llena se metía en el río a buscar esa tarde. La encontró muchas veces, vecino. Y cada vez el río le cobraba un recuerdo, hasta que un día volvió a la orilla y ya no sabía a quién estaba buscando. Se quedó el resto de su vida mirando el agua con cara de haber perdido algo que no sabía nombrar. Esa mirada, le dijo Eusebia, la heredaron todos los hombres Arboleda, y tú la traes puesta ahora mismo.

Juan le preguntó entonces por el hilo, el exacto, el único que se podía soltar sin descoser nada. Y la abuela dejó la camisa en el regazo y le dio la verdad más difícil, la que se dice despacio. Le dijo que la niebla no estaba esperando en una curva de la carretera, sino al final de un camino, y que ese camino lo había ido trazando él mismo, paso a paso, desde esta tarde. El puentecito de bejuco, la maleta de cartón, el río terco que se tragaba puentes, la cinta roja de la inauguración. Para quitar el final, miijo, hay que quitar el camino entero, y en el camino van ellos tres.

El niño volvió con el hilo blanco. Eusebia enhebró la aguja sin mirar, como enhebran las abuelas, y le dijo al pequeño Juan la frase

de siempre: que el tiempo es como la marea, que lo que se va, vuelve. Pero esta vez el grande oyó lo que el chiquito no había oído, porque ella lo dijo más bajito, mirándolo a él: vuelve, pero no para quedarse, sino para que lo mires bien.

Antes de que la caja de música terminara su vals, la abuela le cobró la deuda. Él le había prometido, con siete años, volver algún día a contarle cómo eran los puentes de verdad, y nunca volvió a tiempo. Juan se sentó en las tablas mojadas y se los contó todos, uno por uno. Y esa vez, vecino, el mar no se cobró nada, porque una deuda pagada no deja factura.



Juan, con las manos quietas, deja que la limonada caiga.

CAPÍTULO 10

El camino que borraba a los niños

Mi abuela, cuando llegaba a esta parte, se servía otro café aunque no le hiciera falta, vecino, porque decía que hay capítulos que hay que contar con las manos ocupadas para que no tiemblen. Después de hablar con la abuela Eusebia, Juan Arboleda ya sabía dónde estaba el hilo. No estaba en la curva de la carretera ni en las llaves del azucarero ni en la rueda desinflada. Estaba mucho más atrás, en el primer nudo de todo el bordado, y él lo había visto cada noche de su vida sin saberlo, como se ve la cicatriz de una rodilla. Hizo la cuenta en su servilleta, recuerdos que le quedaban entre recuerdos que cobraba el mar, y la servilleta le dijo que le alcanzaba para un viaje bueno. Uno. Y Juan escribió en el reverso del mapa de 1911 la fecha

de la inauguración del puente.

La marea lo dejó en la orilla del río terco, una mañana de sol con nubes, de esas que no se deciden. Todo estaba como él lo recordaba, y también un poquito mejor, porque la memoria pule las cosas igual que el agua pule las piedras. Estaban las cintas rojas, los banderines, el alcalde leyendo un discurso que el viento le iba despeinando, y la banda municipal desafinando con tanto entusiasmo que hasta las gaviotas mudas abrían el pico como si quisieran unirse. Y en medio, con un casco amarillo recién estrenado que le bailaba en la cabeza, estaba el Juan joven, flaco, sudando de nervios, intentando cortar la cinta con unas tijeras que no cortaban. Tuvo que ayudarse con los dientes, vecino, y el pueblo entero le aplaudió como si hubiera hecho un milagro.

Juan sintió algo tibio contra el tobillo. Era un cachorro salchicha, muy serio para su edad, que lo miraba derecho a los ojos y le movía la cola. Bizcocho, que todavía no se llamaba Bizcocho, ya lo conocía. Mi abuela decía que los perros no conocen a la gente por la fecha sino por el olor del alma, y que el alma no cambia tanto como creemos.

Juan sabía lo que venía, porque eso el mar todavía no se lo había cobrado. Terminada la ceremonia, el muchacho del casco tendría sed y cruzaría la calle hacia el puesto de limonada de la esquina. Allí, junto a dos amigas, estaría una maestra de paso por la bahía, que había venido solo a ver el puente y que tenía en el bolso una carta aceptando un trabajo en una ciudad del interior, lejos, muy lejos del mar. Esa carta no llegó nunca al correo. Se quedó en el bolso, y después en un cajón, y después en la basura, porque un ingeniero nervioso se le acercó a pedirle limonada y le derramó media jarra en los zapatos.

Bastaba muy poco, vecino. Una sombra que había aprendido a empujar llaves podía empujar un casco hasta hacerlo rodar río abajo. El muchacho correría detrás, la limonada se acabaría, las amigas se llevarían a Clara a la estación y la carta llegaría a su destino. Juan lo

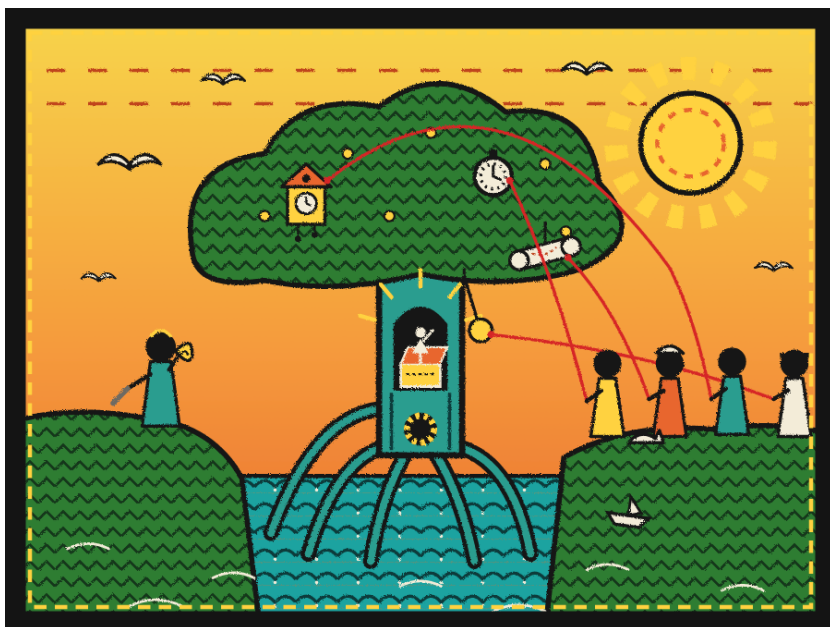
vio todo con la claridad con que su abuela leía el estero. Vio a Clara en una casa con jardín, tierra adentro, donde la niebla no sabe llegar. La vio enseñando a leer a cien niños, a doscientos, a mil. La vio envejecer despacito, con el pelo blanco y la risa intacta, y llegar a las cinco y diecisiete de muchísimos domingos sin que ninguno se le torciera. Era tan fácil que daba miedo.

Metió la mano en el bolsillo para no empujar nada todavía, y los dedos se le toparon con el carrete de hilo rojo de Rosaura. Pesaba como una piedra. Entonces se acordó del tapete que se fruncía por el otro lado, y por primera vez se atrevió a mirar el otro lado.

En esa vida larga y sin niebla no había ningún sábado con olor a tostadas. No había catorce escalones vigilados por si alguno se escapaba. No había lata azul con un molino en la tapa, ni diente envuelto en un pañuelito, ni pluma de cacatúa con la punta amarilla, ni llave que lo abría todo si uno creía lo suficiente. No había un hombre de palitos con un casco más grande que la cabeza haciendo caminos para que la gente no se moje. No había dinosaurio de brazos cortos, ni jirafa que doblaba el cuello como una pajita, ni oso tuerto, ni un árbol en una función de escuela al que se le movían todas las ramas de alegría. No quedaba de ellos ni el polvo, vecino, porque para que haya polvo primero tiene que haber habido algo, y allí Lucía y Tomás no llegaban a haber sido nunca. Se borraban como el vaho de un vidrio, igual que los nietos del cocinero del marinero Anselmo, sin que nadie en el mundo supiera que había que echarlos de menos.

Al otro lado de la calle, una de las amigas dijo algo, y Clara se rio. Fue una risa de las suyas, de las que espantaban los nublados, y las nubes indecisas se apartaron sobre la bahía como si alguien les hubiera abierto la puerta. El sol le dio a Clara de lado en la cara, y Juan le vio los ojos. No intentó guardarse el color, no lo apuntó en ninguna servilleta ni se lo repitió por dentro para que no se le olvidara. Solamente los miró, mientras los tuvo delante, como su abuela le había dicho que se miran las cosas que vuelven.

El muchacho del casco cruzó la calle con la camisa sudada y una sed de tres días. Juan no empujó el casco. No soltó al cachorro. No tiró del hilo. Se quedó en la acera, con las manos quietas en los bolsillos y Bizcocho sentado a sus pies, y por primera vez desde aquel domingo no hizo nada. Mi abuela decía que es el trabajo más difícil que puede hacer un ingeniero, y también el más valiente. Del otro lado se oyó una jarra que se volcaba, unas risas, una disculpa con acento del Pacífico. Y allá lejos, en el garaje del presente, la caja de música de Lucía tocó la última nota de su vals torcido, despacito, como quien no quiere molestar.



El manglar de engranajes devuelve a cada vecino lo suyo.

CAPÍTULO 11

Desarmar la marea

Juan despertó en el suelo del garaje sin cangrejo, vecino, y eso fue lo primero que le extrañó. Lo segundo fue que no supo enseguida por qué tenía la camisa mojada, ni de quién era aquella caja de música con una bailarina sin brazo que zumbaba en el centro de la máquina. Tuvo que leer las servilletas de la pared para acordarse de su propia vida, como quien lee las instrucciones de un aparato que compró hace mucho. Mi abuela decía que la memoria de Juan en esos días era como una red vieja de pescador: todavía se veía la forma, pero por los agujeros se colaban los peces más grandes.

Esa misma tarde llamaron a la puerta del garaje. Eran el marinero Anselmo, con la gorra chorreando, y la costurera Rosaura, con su

cesta de labores debajo del brazo, que habían llegado a la bahía montados en la marea como quien llega en tranvía. Maese Bartolomé apareció un minuto después, pidiendo disculpas, sin aliento. Rosaura miró la máquina, miró la lista de la pared, que ya bajaba por el rodapié y doblaba la esquina, y le preguntó a Juan si al fin había usado el hilo. Juan sacó el carrete del bolsillo, intacto. Ella sonrió como sonríen las costureras cuando una prenda les queda bien a la primera, y le dijo que no usarlo también era una manera de coser.

Entonces le contaron el último secreto, el que ninguno de los tres había podido aprender a tiempo. La máquina no se quedaba con lo que cobraba. Lo guardaba, vecino, enredado entre sus piezas, igual que el manglar guarda entre las raíces todo lo que la marea le trae. Cada recuerdo se había quedado prendido de un engranaje, de una aguja, de una caracola. Y la única forma de recuperarlo era desarmar el invento pieza a pieza y devolverle cada cosa a su dueño, que es lo contrario de lo que sabe hacer un ingeniero y lo único que sabe hacer un vecino. Anselmo le alcanzó un destornillador. Bartolomé le alcanzó otro, un poquito después.

En Bahía de las Gaviotas Mudas, ya le dije, las noticias viajan por el aire, y al día siguiente el pueblo entero estaba haciendo fila delante del garaje. Mi abuela decía que fue la procesión más alegre y más lenta que se ha visto en aquella costa, porque nadie tenía prisa y todos traían algo de comer. Rosaura cortaba trocitos de hilo rojo y le ataba uno a cada pieza para que nadie se llevara lo ajeno, y Juan iba entregando.

Margaret recibió su reloj de cuco envuelto en el mismo trapo de cuadros, y en cuanto el reloj le tocó las manos, a Juan le volvió entera la canción favorita de Tomás, la de la bañera, con palmadas y todo, y se la cantó a la panadera allí mismo, desafinando con mucho amor. Los pescadores se llevaron sus relojes de pulsera en el balde con hielo, y a Juan le volvió el olor del pelo de Lucía, que no era coco ni sal, vecino, sino jabón de avena y un poquito de lápiz de cera, como

él había sospechado. Seis hombres y la grúa prestada subieron otra vez a la torre el reloj de la iglesia, y mientras lo izaban, Juan se acordó de golpe de la tarde en que Clara le dijo que sí, que fue debajo de un aguacero en la parada del autobús, y que ella se rio y lloró al mismo tiempo, como hace la gente sensata.

Los niños de la escuela vinieron a buscar su reloj cantando, y a Juan le volvió la voz de Tomás, clarita, sin estática, como si el niño estuviera cantando en el cuarto de al lado. El cura se llevó el péndulo, que ya no quería saber nada de columpiarse tan lejos. La señora Pemberton recogió su lata de aceite, vacía, y Bizcocho, que iba con ella, le devolvió a Juan la tarde de las llaves debajo del limonero, porque los perros también guardan recuerdos y saben compartírselos. Al viejo Osborne le tocó el mapa de 1911. Lo enrolló sin decir nada, se lo puso bajo el brazo, y por primera vez en muchos años el farero se rio, una risa ronca, de bisagra sin aceite, que hizo volar a las gaviotas de los tejados. Las caracolas se las quedó Juan, porque eran suyas, y cuando se las acercó al oído oyó otra vez a su madre llamándolo a comer.

Los cálculos del puente grande también volvieron, vecino, pero Juan los apuntó en una servilleta, los dobló en forma de barquito y los echó al mar. Dijo que ya no le hacían falta.

Al final, cuando la tarde se puso del color de las papayas maduras y el pueblo se quedó callado en la calle, solo quedaba en el garaje la caja de música de Lucía. Juan la sacó del corazón de la máquina con las dos manos, subió los catorce escalones contándolos en voz alta, por si alguno se escapaba, y la dejó sobre la mesita del cuarto de su hija, al lado de la lata azul del molino. La bailarina sin brazo dio una última vuelta, despacio. Y entonces a Juan le volvió lo primero que el mar le había cobrado. Los ojos de Clara eran del color del estero de San Lorenzo de las Garzas a las cinco de la tarde, cuando la marea no ha decidido todavía si sube o si baja.

En ese momento, vecino, todos los relojes de Bahía de las

Gaviotas Mudas echaron a andar a la vez. El de la torre, el de los bomberos, el cuco de Margaret, los de los pescadores, el reloj de arena del farero y el reloj del gallo de la cocina. Y en la muñeca de Juan, el reloj de plástico de Tomás, que alguien había dejado en el escalón esa mañana sin firmar, se puso a contar segundos como si nunca se hubiera detenido. Mi abuela juraba que, muy lejos, en una posada con la puerta azul, maese Bartolomé alcanzó por fin su minuto y llegó a tiempo a todas partes.



La taza que no se enfrió en toda la tarde.

CAPÍTULO 12

Un portal al caer la tarde

Pasaron los años, vecino, como pasan en los pueblos de mar, sin anunciarse y dejando sal en todas partes. Juan Arboleda volvió a construir puentes, pero ya no los construía igual. Mi abuela decía que antes los hacía para que el agua no se llevara nada y que después los hacía para que la gente pudiera ir a visitarse. Terminaba a las cinco en punto, aunque el cemento protestara, y los domingos no trabajaba ni aunque se lo pidiera el río.

Por las tardes enseñaba a los niños de la escuela de Clara a calcular mareas. Los llevaba a las rocas con una regla, una libreta y un termo de chocolate, y les mostraba cómo medir la altura del agua, cómo contar las lunas y cómo leer la manera en que se arruga el mar

cuando va a cambiar. Pero la primera lección, la que repetía cada año, no tenía números. Les decía que la marea se calcula para saber cuándo sube y cuándo baja, no para impedirlo, y que el que quiere ganarle al mar termina como las gaviotas del pueblo, que apostaron sus voces y se quedaron calladas. Los niños se reían, y las gaviotas, desde los tejados, ponían cara de ofendidas.

Las tres sillas de la cocina no las guardó. Las dejó en su sitio, y poco a poco se fueron llenando: Margaret los viernes con su pastel de limón, el viejo Osborne cuando bajaba del faro, la señora Pemberton con el guiso de seis horas, que ya no se le quemaba en la quinta, y algún alumno que se quedaba a merendar. Bizcocho, viejito y con el hocico blanco, dormía debajo de la silla de Tomás, que seguía teniendo sus dos cojines.

Y cada martes por la noche Juan se sentaba al escritorio de Clara, levantaba el tercer cajón por la manija y escribía una carta. Querida Clara, empezaba siempre. Le contaba cosas pequeñas, que son las que caben en los martes: que había llovido de lado, que una niña había medido la pleamar mejor que él, que la bailarina sin brazo seguía dando vueltas. Las guardaba en una lata de galletas, igual a la del molino, y las ataba con el hilo rojo de Rosaura, que por fin le servía para algo.

Un día, ya con canas en las sienes, Juan volvió a San Lorenzo de las Garzas. Llegó en la lancha del correo, con Doña Remedios cayendo mansa sobre el estero, y lo primero que hizo fue cruzar el puentecito de bejuco, que alguien había ido remendando durante cuarenta años sin saber quién lo había hecho. La casa de la abuela Eusebia ya no estaba, pero el muelle sí, y en el portal de enfrente, este mismo portal donde estamos sentados usted y yo, había una mujer joven desgranando maíz. Era mi abuela, vecino, que entonces tenía las trenzas negras y ninguna paciencia para los forasteros.

Le ofreció café de todas formas, porque así se hace aquí. Y Juan se sentó en ese taburete que tiene usted debajo y le contó la historia

entera, desde el domingo que se torció hasta la última vuelta de la bailarina. Mi abuela decía que lo que más la impresionó no fueron los relojes ni la posada ni los cangrejos de polizón, sino que en toda la tarde Juan no dijo una sola palabra amarga contra el tiempo. Hablaba de él como se habla de un vecino que a veces se lleva cosas prestadas y otras veces las devuelve. Y el café se le quedó en la taza sin terminar, no porque no le gustara, sino porque estaba demasiado ocupado mirando: a los niños que pescaban en el muelle, a las garzas, a mi abuela misma, como si quisiera aprendérselos de memoria. Ella juraba que esa taza no se enfrió en toda la tarde.

Antes de irse, Juan le dijo lo que había aprendido, y mi abuela me lo dejó a mí como quien deja una herencia. Que el tiempo no está hecho para remendarlo, sino para sentarse en él, igual que uno se sienta en un portal al caer la tarde. Que lo que la marea se lleva, la marea se lo lleva, y que lo único que de verdad devuelve es la oportunidad de mirar.

Ya se fue el sol, vecino, mírelo, del color de las papayas maduras, retirándose despacito como quien no quiere molestar. Váyase a su casa, que lo están esperando. Siéntese a la mesa con los suyos aunque se enfríe la sopa, y mírelos bien, mírelos despacio, mientras todavía se puede.

Cada viaje al domingo perdido se paga con un recuerdo.

Juan Arboleda nació entre los manglares del Pacífico y aprendió de su abuela Eusebia que el tiempo es como la marea: lo que se va, vuelve. En un pueblo costero de Australia donde las gaviotas no cantan, un paseo de domingo se tuerce en la niebla y le arrebató a su esposa y a sus dos hijos. Todos los relojes se detienen a las cinco y diecisiete. Con relojes prestados por los vecinos, caracolas, un péndulo y una caja de música, el ingeniero construye en su garaje una máquina para volver a ese día. Pero el mar no regala: cada viaje cobra su precio. Una novela corta y tierna sobre el duelo y los días que no supimos mirar.

«La vida se mide por las veces que uno se sienta a la mesa con los suyos.»

Mateo Quiroga y Marlon Falcón
Ilustraciones de Yolanda Mina